

Prolegómenos
Importancia de la Medicina
y su verdad por la anatomía.

17

56.

Leg 8º Jaquette 1º

*653
no 56*

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE MADRID

POR

Don Pedro Gonzalez Velasco,

EN EL SOLEMNE ACTO

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

EN MEDICINA Y CIRUJIA.



MADRID.

IMPRESA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.

UVA. B1664 1864 LEG.08-1 nº0653

HTCA

U/Bc LEG 8-1 nº653



1>0 0 0 0 2 9 3 8 3 7

DISCURSO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE MADRID

Don Juan Manuel Vázquez
INVESTIGACIÓN Y GRANIBERIA

EN EL AÑO DE 1873

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

MEDICINA (CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DE LA MEDICINA)

ALABOR DE DON JUAN MANUEL VÁZQUEZ



MADRID

IMPRESA DE D. JUAN PÉREZ, EN LA CALLE DE...

1873

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0653

IMPORTANCIA Y GRANDEZA

DE LA

MEDICINA COMO PRIMERA NECESIDAD DE LAS NACIONES,

VERDAD DE ESTA CIENCIA BASADA EN LA ANATOMÍA.

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0653

Excmo. Sr.

UN profundo respeto embarga mis facultades en este momento y en esta tribuna, que, al contemplar ha sido ocupada por los hombres mas grandes que hoy cuenta en su seno la nacion española, y por la juventud inteligente, ávida de gloria y de noble emulacion para seguir á sus maestros, mi pequeñez se achica mas, mi espíritu se conmueve, y solamente la indulgencia de este ilustre y respetable claustro puede animarme para ocupar su atencion ora sea por breves momentos.

Sí, Excmo. Sr.: solamente la benevolencia de quien ha pasado por este trance antes que yo, y á la que apelo de corazon suplicándole la memoria de ese dia, podrá recordándolo convencerse de mi situacion en este instante.

Verdad es que la tarea que me propuse llenar supera á mis fuerzas; verdad es que aunque colossal no es nueva, ni á mi humilde persona le está reservada la gloria de llenarla debidamente; empero si al hombre no le es posible salir airoso de todas las empresas que acomete, no por eso ha de apocarse. Entonces debe buscar el auxilio de los demas, y este es precisamente el que yo invoco desde este sagrado puesto. ¿Qué importa la pequeñez de la persona que lo ruega? No se mire á su insignificancia; mírese

solamente á la esencia de sus justos deseos. Hecha ya esta súplica, Excmo. Sr., entro en la cuestion.

La medicina es una ciencia emanada de la Divinidad; es una ciencia cuya importancia no se ha comprendido todavía lo bastante; es una ciencia que desde el origen de las sociedades mas incultas, hasta los pueblos mas ilustrados, ha sido ejercida por los hombres mas eminentes, teniendo su justa intervencion en los gobiernos; es, en fin, la señora que ha estendido su protectora influencia por todo el ámbito de la tierra. Grande, benéfica y generosa, reparte sus bienes á todos los hombres, sin distincion de razas, estados ni gerarquías, esos bienes que atesora dia y noche al través de los siglos y á costa de mil sacrificios y afanes.

La dignidad de una profesion, dice *Mr. Duvay*, se deduce de su carácter, y este de la mision que llena en la tierra. Cuanto mas moral é inteligente sea esta mision, mas útil y digna será la profesion. Y en este caso tenemos á nuestra facultad.

En su noble ejercicio se aproxima al cielo de donde emana. A ella en la antigüedad se la consagraron templos donde se la rendia culto, y los que la profesaban con dignidad y sabiduría, eran tenidos por seres privilegiados, por semidioses, ó á lo menos por intérpretes de las dolencias corporales entre el Criador y sus criaturas. Ella es como la cariñosa madre que vela por la salud de sus hijos evitándoles cuantas desgracias la es posible. Ella se presenta poderosa proporcionando cuantos recursos están á su alcance en medio de los peligros; ella es el ángel tutelar de la especie humana.

Ella, Excmo. Sr., socorre al feto dentro del claustro materno, aconsejando á la mujer que le lleva en su seno todo cuanto la conviene para que el fruto de sus entrañas no se desgracie y llegue al término fijado por la naturaleza: le recibe en sus brazos al nacer, prodiga á la madre todo género de auxilios, la evita multitud de dolencias, se apodera y neutraliza sus efectos de la devastadora plaga de la viruela, le conserva la salud por medio de la higiene, haciéndole robusto, vigorizando su físico y su moral, pues como dice el gran *Renato Descartes*, el alma depende tanto del temperamento y de las disposiciones de los órganos del

cuerpo, que si hubiese un medio para aumentar su penetracion, se habrá de buscar en la medicina. El espíritu fuerte se halla en las organizaciones fuertes; al físico que padece no hay que pedirle lo que puede dar el físico vigorizado, y esta ciencia tiene que velar por todos bajo el deber llamado *higiene*.

Nuestro distinguido compatriota el Sr. Monlau, ha comprendido con brillantez la esencia de la higiene, pues dice que es un vasto y minucioso programa de sabia administracion y buen gobierno, á cuyo influjo se debe el que las naciones no esten convertidas en grandes enfermerías. Siendo, pues, la higiene un resumen de la medicina, es muy justo que tenga una saludable intervencion en el movimiento científico de los estados, mucho mas si se tiene presente la doctrina del inmortal *oráculo de Cóos*, que decia que mas vale *precaver* que *curar*.

Los pueblos antiguos, especialmente los de la China, la India, el Egipto y la Judea, ¿no debieron su conservacion y esplendor á los rigurosos preceptos de la higiene, inculcados y observados por sus primeros caudillos, entre los cuales descuella Moisés, sabio inspirado por el mismo Dios? A la manera que el céfiro despeja el horizonte de las densas y negras nubes que presagian las tormentas, así la higiene vá haciendo desaparecer las devastadoras epidemias que afligian á la humanidad, en cuyo número pueden citarse la lepra, ¡plaga la mas temible que assolaba los pueblos en tiempo de las Cruzadas, y las pestes que en otros tiempos se hicieron sentir en nuestras playas! La higiene habló siempre muy alto y con muchísima elocuencia á todos los gobiernos celosos, y cuanto mas sábios, mas han escuchado sus ecos; y si registramos la historia veremos que Salomon y todos los sábios de Grecia, como Plutarco, Solon, Licurgo, Pitágoras y Aristóteles, la prestaron homenaje y apoyo, por los que han recogido ópimos frutos, así como terribles desengaños cuando descuidaron sus preceptos, pagando bien caras las transgresiones. La higiene, en fin, fué la primera que dió el grito á las autoridades de todos los paises, para que tengan ocupadas las masas en trabajos sabiamente dirigidos, haciéndoles ver que la vagancia y la ociosidad son el manantial de todas las desgracias que afligen al hombre.

¡Qué de reflexiones se agolpan á la imaginacion del hombre pensador y justo! Yo, Excmo. Sr., creo que el primer deber de los gobiernos es empezar por aquí, si quieren destruir la miseria de las masas, fuente inagotable de desdichas. El ocupar al hombre desde niño, es un deber imperioso, y solo cumpliéndole habrá generaciones robustas y ricas. De este modo podria menguar el crecido número de enfermos que gimen en los hospitales, fuentes de mucho bien, pero que hoy no cuentan con los recursos necesarios para remediar todas las dolencias que en ellos moran: menguarian igualmente el número de los que yacen sepultados en las cárceles, en esos calabozos que pueden llamarse *sepulcros de los vivos*, y lo mismo de los presidios que, segun estan hoy, con muy cortas escepciones, son la escuela de los crímenes mas horrendos.

Cuando el hombre de corazon, Excmo. Sr., lanza una ojeada sobre el cuadro que dejo bosquejado débilmente, su ánimo se contrista. Yo, Excmo. Sr., abrigo el convencimiento de que son inútiles cuantos esfuerzos hagan los hombres de gobierno para evitar esos inmensos males, mientras no escuchen con fé cuanto nuestra sublime ciencia dispone con este fin, porque ella enseña con bastante claridad lo que vale un hombre, lo que cuesta antes de ser miembro útil á la gran familia, y lo mucho que importa conservarle.

Hé aquí por qué los grandes pueblos que se hallan hoy al frente de la civilizacion, tienen hombres *esclusivamente* entregados á proponer y hacer ejecutar todos los preceptos que pueden influir para asegurar la salud de nuestros semejantes. Y es muy satisfactorio ver que los médicos en esos paises, entre los que se presenta en primera línea el de Alemania, son los encargados de hacer cumplir esta misión como *únicos jueces natos*. Allí los dos polos de la sociedad son, se puede decir, LA EDUCACION Y LA MEDICINA. Y yo, Excmo. Sr., opino que son inseparables, ó á lo menos que siempre deben ir unidos.

¡Y qué!!..... ¿no hemos de desear y pedir iguales adelantos para nuestra patria? ¿Seremos tan ingratos que no pongamos la primera piedra para erigir el gran edificio? ¿Qué esperamos? ¿Permitiremos que nadie se nos anticipe cuando es uno de los pri-

meros deberes anejos á nuestra profesion? ¿Se tienen por bastantes acaso los esfuerzos que hacen los órganos que nos representan en la prensa? Creo que no. Hay algo mas que hacer, y se hará, porque desde aquí estoy leyendo en los corazones de los individuos que componen este ilustre colegio, y veo que arden en estos mismos deseos, con mas vehemencia todavía que mi humilde persona. Por eso no insisto mas en esta parte, y voy á entrar de lleno en otra que nunca se repetirá lo suficiente.

El equilibrio es «una ley de Dios: sin él no hay existencia.»

La medicina es el equilibrio de la salud humana; quien como la soberbia Roma un día le rompa, mas tarde ó mas temprano tendrá que apelar á él.

Así como se sostiene el equilibrio de nuestra organizacion, funcionando nuestros tegidos y aparatos interiores de esa manera armónica, sublime, en virtud de la voluntad del autor de todo lo creado, poniendo en contribucion al hombre con la molécula mas imperceptible y la parte mas sutil de nuestros fluidos, así nuestra adorada ciencia llama para contribuir á todos los agentes exteriores que nos rodean, con el fin de conservar este *todo*, ileso, sano. Y este es el sosten del equilibrio, sin el cual no hay vida, porque la materia moriria. Este equilibrio no siempre está en la mano del médico sostenerle, es verdad: se esfuerza en inspeccionarlo, penetra algunos secretos, sorprende algunos movimientos, triunfa muchas veces con sus afanes; empero el todo no está, repito, al alcance de ningun médico, porque al hombre *tierra* le estan ocultos los arcanos inescrutables del *Dios hombre*.

La medicina examina las cualidades del aire, de los vestidos, de los alimentos, el ejercicio de las funciones físicas, las operaciones de todos los productos de nuestra economía; dispone las localidades clasificando sus condiciones para que las pueda ocupar

el hombre: no hay rincón en la tierra adonde deje de ir la ciencia para examinarlo todo, con el objeto de que las privaciones de la humanidad sean más llevaderas en este valle ó destierro. Nuestra ciencia reside en todas partes para prestar socorros positivos, y le dice al cuerpo después que le restituye la salud:— «*Anda, trabaja.*»

¿Veis al hombre más poderoso y opulento? pues de seguro es el más desgraciado desde el instante en que una atmósfera cargada de ácido carbónico estanca ó paraliza los hilos de su existencia, si la madre común, la medicina, no vuela en su auxilio y no le dice cómo ha de renovar y neutralizar las condiciones tóxicas del aire, de ese fluido universal y vivificador. Ved luego al hombre pordiosero y desvalido, y si es criminal encerrado allá en lóbrego calabozo, respirando los hálitos deletéreos de un ambiente sin oxígeno apenas, sumido en la mayor hediondez; y allí aparece la ciencia para arrancar del horrible asilo al mismo criminal, oportuna é importunamente, como con otro fin decía San Pablo. Entonces el médico, ruega, insta, suplica, increpa: entonces la autoridad abre sus ojos, vé el justo clamor de la ciencia, y manda mejorar las condiciones de la prisión. ¡Cuántos ejemplos podrían citarse de medio siglo á esta parte! ¡Cuántas pasiones ciegas y desatentadas ha dulcificado la ciencia en obsequio, ya del sábio, y a del ignorante!

Si la imaginación agoviada por el peso de las reflexiones que acabo de manifestar, y por el de las infinitas que omito á fin de no ser molesto, sucumbe al considerar al hombre en estado de salud apartado de las causas que pueden destruir su frágil organización, y que de hecho la destruyen sin el consejo de la medicina, ¿qué diré al contemplarle enfermo?

¿Qué sublime perspectiva, Excmo. Sr., la de un monarca enfermo, clave de un Estado y amparo de millones de hombres? ¿Qué perspectiva, repito, la de un soberano postrado en el lecho del sufrimiento? ¿Qué confusión no reina en un palacio cuando su régio señor alza los ojos al cielo, pide una tregua á sus dolores, que ya no son solamente suyos, sino de sus hijos, y luego se entrega á la ciencia que más de una vez le vuelve á la vida y le restituye

á la patria que espera gozosa la hora feliz como atribulada la hora fatal? ¿Y quién es el héroe, mejor dicho, el mortal feliz que le salva? ¿Quién le consuela y le alivia?..... ¿No es el médico? ¡Ah! Entonces el médico tiene en su mano la suerte de miles de familias, y sin embargo..... daría su vida gustoso con tal de poder salvar la del enfermo que ocupa el trono.

Pues pasemos del régio alcázar á un campo de batalla: ¿qué diremos al considerar á un general bizarro que acaudilla huestes numerosas para salvar su país de un invasor, si á ese caudillo le ha tocado una bala, ó si se vé acometido de un ataque terrible por efecto de sus fatigas, y si se halla postrado en el lecho del dolor? ¿quién es la primera persona que se halla á su lado? ¿quién consigue reponerle y hacer que vuelva á la cabeza de sus tropas? ¿quién no recuerda la historia que nos habla del Cid, cuando montado al frente de los tercios castellanos desbarató las cohortes enemigas, sin mas que por haberse difundido la voz de que aun vivía? ¿El médico no surca los mares? ¿no participa de los peligros de los combates por mar y tierra? ¿no es arrancado del seno de su familia, á cualquier hora que sea, lo mismo en el abrasador estío que en el crudo invierno? ¿no comparece en medio de los apestados y de la desgracia, en la cabaña del pastor como en el estrado del hombre rico? ¿no oye continuamente el eco de los gritos desgarradores del padre que pierde sus hijos, de los hijos que pierden sus padres, de la inconsolable viuda, como del hombre muchas veces frenético que ha perdido para siempre á su adorada esposa, jóven árbol tronchado en lo mas florido de su edad? ¿Y entonces, el médico es de diferente raza que los demas hombres para no sentir? ¿Y cuán grande no es el sentimiento de haberle arrebatado la muerte su enfermo, con quien quizá le ligaban lazos de entrañable amistad, acaso los vínculos de la sangre?..... Pues qué, aquel cadáver que deja para siempre á su familia, y que la deja anegada en llanto y luto, ¿no es una batalla que ha perdido el médico? De recojer gloria y aplausos á recojer lágrimas, ¿no hay una diferencia notable?

¡Id..... hombres imparciales y justos en uno de estos casos y entrar en el gabinete de un médico! L.E.G. Si entonces se pudiera

observar el corazón de ese hombre, se vería palpablemente la congoja que deja en pos de sí una derrota, en donde el amor propio, prenda la mas querida del hombre, sufre horrible tortura! ¡Cada amigo, cada compañero, cada pariente que le habla de la persona que á Dios le plugo arrebatarle, es una renovacion continua de sus disgustos!..... Entonces el médico ha sido un ignorante, cuando menos negligente, y..... No quiero, Excmo. Sr., enumerar todos los epítetos que caen sobre la reputacion del médico. Si este salva al enfermo..... no fué él, fué la naturaleza..... fué Dios. Si muere..... fué la ignorancia del médico quien le mató. Si cuando el peligro crece lo advierte, *le aumenta*: si no lo advierte, *no lo conoció; no quiso ilustrarse*, etc., etc. Si se llega á la cabecera del enfermo, ha de ser ocultando siempre los disgustos inherentes á su profesion, porque las miradas de todos se fijan en él, escudriñadoras, suspicaces. Su lenguaje tiene que dividirse en tres clases: una para el enfermo, otra para su familia y otra para la ciencia. Pero á pesar de todo esto, *todos* recurren al médico, todos recurren á la ciencia; hasta el mismo Dios baja á interponerse, porque así conviene á sus altos é inescrutables designios, y le pone al médico una venda con este rótulo invisible:— « ¡INSENSATO! ¿POR QUE TE AFANAS EN MEDIR TU PODER CON EL MIO? » Entonces el médico se arrodilla delante de su conciencia, y viendo que ésta no le reprende, se resigna.

Y no puede hacer otra cosa, cuando la multitud de dolencias que afligen al hombre se presentan bajo tantas y tan distintas formas. Nadie ignora ya ese célebre dicho de un sábio cuando consignó no ser posible hallar dos fisonomías exactamente iguales en el mundo. Pues bien; del mismo modo es imposible hallar dos enfermedades enteramente idénticas. El sexo, la edad, el estado, el clima, la ocupacion, el temperamento, *la herencia*, las pasiones, son otras tantas causas que influyen en nuestra organizacion. Añádase á esto la sentencia del inmortal Hipócrates:—*Ars longa vita brevis*, y se verá que el médico no puede hacer imposibles. Para que el médico pudiera ser todavía mas útil, era preciso que la máxima de—*Salus populi suprema lex*—fuera una verdad reconocida por to-

dos los hombres, en medicina, como la es por los gobiernos en política, y desde luego las salas de clínica, los anfiteatros y las universidades serian centros de mas movimiento científico todavía.

Conocer las enfermedades, el diagnóstico; destruir el mal, el tratamiento, hé aquí el resumen de todos los trabajos, de todos los estudios en todos los siglos; hé aquí toda la filosofía médica. La anatomía, la fisiología, la patología general y especial, la física, la química, la botánica, etc., ramos tan vastos del saber humano, son el complemento que auxilian al diagnóstico, y que en dos palabras encierran el gran pensamiento de *Racibosqui*. El médico que así cumple con el deber de ejercitarle, pasando su vida á la cabecera del enfermo, sin ocuparse de otras faenas, es un buen ministro de la ciencia. Entonces al primer golpe de vista reconoce una lesion orgánica del corazon, un cáncer, una tisis ó una apoplejía; todo lo que puede pasar desapercibido para aquel que no haya respondido debidamente á los preceptos de la ciencia. Así como el profundo astrónomo lee en los astros los cambios mas ó menos lejanos en los elementos, así el que observa en las enfermerías, estudia y medita, puede profetizar muchos de los cambios que se operan en nuestro organismo. La medicina tiene leyes eternas, bases fundamentales, indestructibles. El tratamiento es hoy el término de inmensos esfuerzos, de innumerables investigaciones. No se aplica ya como en el origen de las sociedades, esponiendo los enfermos en las calles y plazas para que los transeuntes preopinaren algunos remedios; tampoco se lleva hoy el enfermo á los templos para buscar la curacion radical; ya no se emplean esos diferentes sistemas; no se consultan á los agoreros y charlatanes; se estudian los tres reinos de la naturaleza; se estudian los fluidos. Las montañas son tambien patrimonio de la ciencia para saber con que contingente deben contribuir para curar al jefe de la creacion, y hasta en los volcanes ha penetrado la investigacion del médico, para arrancarles específicos con que poder curar al rey de la tierra. ¡Qué efectos tan sorprendentes! Todos los metales, en fin, ¿qué revolucion no han causado en la medicina? Y esta ¿no ha creado los laboriosos alquimistas? Los químicos, que

por el vulgo han sido tratados como nigrománticos ó tenidos por dioses subalternos, ¿no forman en nuestras filas y á nuestro lado, bajo la bandera *farmacia*? ¿Qué sería del hombre que por ignorancia ó porque una mano aleve le diera un veneno, se hallara á las puertas de la muerte? Moriría si un contraveneno no destruyera instantáneamente sus estragos. Pues aun vá mas allá en sus beneficios este ramo de nuestra ciencia cuando pone el visto bueno en los alimentos y bebidas para evitar los crímenes que pudiera cometer impunemente la adulteracion por el traficante. ¡Cuántos bienes debe la humanidad á este celo de los gobiernos!

No me pararé, Excmo. Sr., en una lata descripcion de dichos tres reinos; hablaré un poco de las aguas minerales, despues de probar que todo cuanto dejo espuesto *constituye* el verdadero equilibrio de la ciencia, y que ¡ay! del gobierno que desatiende cualquiera de las partes en que se funda, porque entonces los males serán inmensos.

¿Qué bienes no proporciona en la mayoría de las dolencias el poderoso remedio de las aguas? Recórranse los anales del mundo, y veremos que éstas fueron por muchos siglos el auxilio por excelencia que usaron los pueblos mas cultos; los Fenicios, los Asirios y Caldeos, los Egipcios, Griegos y Romanos, comprendieron bien su importancia. Las aguas termales, frias, sulfurosas y demas, fueron consagradas á Hércules, Esculapio y otros dioses, y se usaban en diferentes Estados, desplegando el lujo mas sorprendente en la construccion y adorno de los establecimientos, adonde concurrían los enfermos de todas clases. Los Romanos nos dejaron monumentos que desafian á los siglos por su solidez. Las famosas termas de Neron, Agripa, Vespasiano, Tito y Aureliano: las imponentes y asombrosas de Caracalla en que se bañaban tres mil personas á un mismo tiempo, cuyas ruinas existen hoy, atestiguan por una parte la aficion de aquel pueblo á los baños, y por otra el empeño de los emperadores en fomentar una práctica que tenían por tan útil como agradable (1). Recórranse hoy todos los paises, y se verá el celo que se despliega en fomentar y con-

(1) RUBIO: *Tratado de las fuentes minerales de España*, página XXX.

servar esta clase de establecimientos, á los cuales acuden multitud de desgraciados en busca de un remedio que en la mayoría de los casos *cura*, ó por lo menos alivia, dolencias que se han resistido por mas ó menos tiempo á la terapéutica mas enérgica.

De todo lo espuesto se deduce claramente, y no me cansaré de repetirlo, que la medicina es la primera necesidad de las naciones: que existe desde la instalacion de la familia: que socorre al hombre desde el momento de la concepcion hasta que baja al sepulcro; y ya que no la ha sido posible perpetuarle la vida, le trasmite á las generaciones venideras preservándole de la corrupcion por medio del embalsamamiento. Nuestra ciencia interroga y toma residencia á la muerte, preguntándola por qué y cómo se ha atrevido á apagar el soplo de la vida que Dios nos dió; observa, vé, toca sus despojos; se apodera de ellos; penetra en el intrincado laberinto de la organizacion, haciendo un inventario minucioso de cuanto constituye la gran fábrica de las fábricas, el cuerpo humano en fin, si no para impedir el desmoronamiento de nuestros tejidos cuando ya solo hay que cumplir con la inexorable sentencia *Morirás*, á lo menos para admirar lo mas sublime, lo mas prodigioso que existe en el universo, la imágen del mismo Dios. Sus restos, objeto de la anatomía, presentan el panorama mas deslumbrador. Este ramo de la ciencia es su cimiento, su piedra angular: por ella se dá cumplimiento al canon esculpido en el frontispicio del templo de Delfos: *Nosce te ipsum*. En efecto, si el hombre se ha remontado hasta llegar á preguntar al sol y á los astros para saber qué son, qué hacen; si el hombre interroga á todo cuanto le rodea para tener conocimiento de las cosas, ¿qué otra mas natural que la de averiguar quién es él, físicamente considerado? Pero esto es cruel, es terrible..... clavar el hierro en nuestros semejantes, eriza los cabellos del hombre mas reflexivo. No obstante, la ciencia hace este sacrificio. Emprende la tarea que ocupa toda la vida de hombres llenos de abnegacion, y empezando por el estudio del esqueleto, observa su trabazon y movimiento; su cubierta general (el perios-tio); los músculos que los mueven; las aponeurosis que los en-

vuelven; las vísceras contenidas en las tres cavidades esplánicas que sostienen la vida y las funciones; los órganos de los sentidos, que nos avisan de cuanto nos pueda convenir ó perjudicar; los vasos con los humores, y los nervios con su fluido, que pudiéramos llamar *la quinta esencia de la organizacion*, viendo en cada cosa de estas, no solo el número y simetría, situacion, forma, color, magnitud, peso, volúmen, relaciones, testura, usos y anomalías, sino penetrando ademas con el microscopio donde no pueden llegar naturalmente nuestros sentidos, á fin de darnos cuenta de los elementos organizables, organizantes, organizados, físicos y químicos de que estamos constituidos.

Todo esto y mas exige la ciencia, y se cumple con sus mandatos; y en su virtud tiene los datos mas exactos para poder fallar: datos que representan las matemáticas mas sublimes. Y puesto que la organizacion del hombre fué, es y será eternamente la misma mientras exista, por esto la ciencia tiene en ella su fundamento mas sólido é invariable. Es eterna é invariable la organizacion del hombre, porque Dios que le crió, y solo él, tiene estos atributos.

El mas ó el menos no hace variar la esencia de la cosa, dijeron los filósofos antiguos, y nosotros, fundados en esto, decimos tambien que será mayor ó menor el desarrollo, el incremento: pero la forma es constante, por mas que se me objeten las anomalías, pues éstas jamás invalidarán la regla general.

Es tan cierta la anatomía, porque es tangible, sujeta al dominio de nuestros sentidos; quienes transmitiendo al sensorio comun las impresiones que reciben, son la causa de que éste se eleve á consideraciones de la mayor aplicacion. Por ese materialismo y espiritualismo reunidos, se atreve el diestro cirujano á dirigir su mano armada del escalpel á las partes mas recónditas de nuestro cuerpo; por lo mismo el genio quirúrgico ha ejecutado y ejecuta siempre las operaciones mas arriesgadas, arrebatando á la muerte las víctimas que tenia bajo su guadaña. Sin la anatomía todo es error y desvarío, dando lugar al mas grosero empirismo. Alejandría dió el grito que en épocas mas posteriores resonó en Italia y España; y triunfando sobre la supersticion los derechos de la humanidad.

disecaron los primeros cadáveres Erofilo y Herasistrato, Mondino, Vesalio, Juan Valverde, Andrés Laguna, Montaña, Rodriguez de Guevara, Silvio, con otros infinitos, consolidando así para siempre su imperio.

Sobradamente conocieron la importancia que nosotros hoy podríamos formular de esta manera sencilla: la anatomía es á la medicina lo que la geografía á la historia.

Afortunadamente, Excmo. Sr., tengo el alto honor de dirigirme á personas que vivieron encerradas muchos años en los anfiteatros para ocupar hoy los destinos que desempeñan en la carrera del anciano de Cóos: á magistrados de alta capacidad, quienes abrigan la conviccion de que no podrán fallar con acierto si no les ilumina la antorcha de la medicina: á naturalistas y filósofos que necesitan tomar por tipo la organizacion humana para descender á las diferentes clases de los demas seres: á los ministros del altar, quienes triunfan del ateo y del blasfemo tan luego como ponen delante la sublime disposicion de las partes de nuestro organismo. Sacando esta induccion, ¿qué diremos al ver un sorprendente edificio de esos que la religion erigió para dar culto á la Divinidad, ó que la opulencia de los emperadores y reyes hizo construir? ¿Qué? que debió de intervenir un arquitecto de un ingenio superior. ¿Quién no se abismaria al ver el corazon humano funcionar como una bomba aspirante é impelente, repartiendo á todos los órganos los elementos para vivir y desarrollarse? ¿Quién no enmudece al examinar la complicadísima combinacion de los elementos anatómicos que componen el ojo para que se verifique la vision, sin lo cual seríamos los seres mas miserables y desgraciados? Como dice un sábio aleman: ¿sería ciego quien formó el ojo? Y así se puede decir de todo lo demás. Pues bien: *Hic est digitus Dei*, concluye el ministro del Altísimo.

Pues bien: hombres de estado; Sacerdotes; Magistrados; Filósofos; Naturalistas; Apóstoles de las ciencias, vosotros que conducís las inteligencias por el camino de la razon, vosotros que representais ante los reyes y los grandes poderes, haced que se faciliten los medios de enseñar una ciencia que debemos llamar madre comun, una ciencia que es la única capaz de dar elemen-

tos de salud y riqueza en las masas, aliviar y conjurar las infinitas miserias que nos aquejan en medio del siglo XIX.

Quisiera ser un Apeles ó un Demóstenes para poder trazar en el lienzo lo que desea mi corazón; quisiera que mis conceptos tuvieran la persuasión con que aquel orador convencía á las masas; no puede ser: soy hartamente pequeño para lograrlo. Una satisfacción me queda, á saber: que vuestras inteligencias van mas allá que mis pobres conceptos, y que llenareis el vacío que yo he dejado.

—HE DICHO.

Madrid 21 de mayo de 1854.

Pedro Gonzalez Velasco.



UVA. BHSC. LEG. 08-1 n°0653

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0653